

# Índice



Agradecimientos.....	9
Prólogo.....	11
Introducción .....	15
1. Días jóvenes e inocentes. Orígenes y formación musical (1944-1963)	21
2. Una fantasía de rock'n'roll. <i>Beat boom</i> y crecimiento artístico (1964-1966) .....	57
3. Lejos de todo el hollín y el bullicio. Elegancia pop e imaginación romántica (1967-1969).....	121
4. Un hombre del siglo xx. Poder, clase trabajadora e individuo (1969-1972) .....	181
5. ¡Esconded a vuestras hijas, esconded a vuestras esposas! ¡Aquí viene Flash!. El teatro musical <i>underground</i> (1973-1976) .....	245
6. Americana. Renacimiento comercial y atonía artística (1976-1996)	303
Epílogo.....	379
Bibliografía seleccionada.....	393

## Agradecimientos



Gracias a Javier de Castro, director de la colección “Música” de la editorial Milenio, por respaldar este proyecto desde el principio, y a Marc Ros por plasmar en el prólogo sus recuerdos y reflexiones sobre The Kinks. Igualmente, mi gratitud a Manuel Pérez Ledesma, mi maestro como historiador; lamentablemente, no hemos podido intercambiar impresiones acerca de este libro tanto como nos hubiera gustado. Brigitte Jeffs me obsequió con su valiosa colección de artículos de prensa alemana de los setenta, ochenta y noventa sobre The Kinks, no manejados en ningún trabajo previo.

Borja, Iván, Pilar y Susana celebraron mis momentos de entusiasmo con el libro e iluminaron los de angustia. Mi madre me observa cada día desde arriba, con su sonrisa entre cariñosa y burlona; gracias a ella no le tengo miedo a este mundo. Mi padre me inculcó la pasión por los libros desde muy niño, hizo de mí un letraherido. En un *Quijote* que me regaló por mi sexto cumpleaños, me escribió estas bellísimas palabras: “La persuasión del libro, la blanca dulzura de sus páginas, su calidad de objeto generoso y mágico, su pacifismo, su natural intimidad, lo hacen invulnerable a los tiempos”. Con él es con quien más he compartido mi pasión por Ray y compañía.

Mi estrella del rock favorita, Thais, puso mi mundo patas arriba y me enseñó una felicidad que desconocía. A ella, por supuesto, está dedicado este libro.

## Prólogo



**D**escubrí a los Kinks con dieciséis años en el instituto. En esa época tu camiseta te definía como individuo y podías evitar el rechazo social si llevabas una camiseta de The Damned o de los Stray Cats. Pasarían años antes de conocer y apreciar a estas bandas, a mí me gustaba Queen pero llevar su camiseta era lo mismo que pedir de rodillas que te arrancaran un pezón con unas tenazas. No llevaba camisetas de grupos, prefería ser invisible, no llamar la atención de los chicos mayores ya fueran punks o rockers, por eso me fascinaba la osadía de un chico al que llamaban “Colo” que se había hecho una camiseta casera de los Kinks. Empezamos a hablar... Le pregunté quiénes eran los Kinks y si ellos eran los responsables de que fuera tan poco popular. Se rió y me dijo “mañana te traigo una cassette con sus mejores canciones y así serás tan impopular como nosotros”. ¿Nosotros? —le pregunté— “Sí, los cuatro miembros del Club de Fans de los Kinks”. No me lo podía creer pues hay que tener en cuenta que en la Barcelona de la primera mitad de los noventa las tribus urbanas aún gozaban de cierta relevancia social. A nuestros jóvenes oídos llegaban historias de peleas entre mods y rockers con Lambrettas quemadas y peinados *pompadour* destrozados por botellas de Estrella Dorada. Que un grupo de proscritos decidiera emprender el viaje de afirmación juvenil con una banda que muy pocos reivindicaban me parecía un acto temerario y heroico. Fascinante...

Guardo aún como si fuera un tesoro bizantino esa gloriosa cinta Basf de 90 minutos que contenía lo mejor de los Kinks. Moría por salir de clase, coger el 75 y escuchar en mi *walkman* “Till The End Of The Day”, “Days”, “This Time Tomorrow” o “God’s Children”. Cuando los cuatro chicos vieron mi

fe del converso me aceptaron en su sociedad secreta y pasados unos meses ese singular club de fans se convirtió en una banda que bautizamos con el nombre de “Susannah’s Still Alive”, una canción escrita por Dave Davies, guitarrista de la banda londinense. Desde entonces, los hermanos Davies, especialmente Ray, han formado parte de mi vida. En mi primer concierto ahí estaba Ray. En mi primer romance ahí estaba Ray. En mi primer viaje a Londres, en mi primera resaca, en mi primer “adiós” y en mi último “podríamos intentarlo”. En mi primera crisis de ansiedad ahí estaba Ray cantando “Too Much On My Mind”, en mis días sagrados y en todas mis canciones, las que pedí prestadas y las que robé, ahí estaba Ray.

Cuando fui llamado por mi apreciado amigo Javier de Castro, director de esta colección, para escribir el prólogo de *The Kinks. Música, cultura y sociedad* me encontraba en medio de una gira con mi grupo, Sidonie. Durante estos períodos de hoteles, pruebas de sonido, entrevistas y muy escasas horas de sueño, encuentro pocos momentos para escuchar un disco entero (la única forma que tengo de escuchar discos) y menos para escuchar una discografía entera (la única forma que conozco de escuchar a mis grupos favoritos). Hacía demasiado tiempo que Sidonie estaba empalmando unas giras con otras sin períodos vacacionales y, por lo tanto, hacía mucho que no escuchaba a los Kinks. Cuando recibí por correo electrónico el libro que tienes en tus manos y empecé a leer, supe que tenía que poner freno de mano a mi vida porque intuí lo que se me venía encima.

Cuando alguien como Javier de Diego Romero, que escribe con pasión e inteligencia, habla sobre un verso o un estribillo la urgencia que sientes por escucharlo es similar a la del adicto a la morfina; nada debe interponerse entre tú y la siguiente dosis. A las primeras páginas ya tuve que levantarme del sofá y plantarme delante de mi discografía pacientemente ordenada por orden alfabético, recorrerla con una mirada ansiosa y pararme en la K. Entre Carole King y los Kiss, ahí estaban los Kinks, mis Kinks. Ver, tocar y oler estos discos fue como abrir un álbum de fotos de mi niñez sepultado por el tiempo en un rincón de la casa ignorado por la luz y las miradas. Escuchar otra vez esta música después de tantos años fue como revivir mis años de crecimiento personal y musical. Volví a oler la hierba mojada, la alfombra de pub y el tren de vapor, así huelen sus canciones y ya sabemos que un olor te transporta más velozmente al pasado que una imagen o un sonido. Al principio no fue una sensación agradable, me sentí demasiado agitado, pero después, poco a poco, acabé dejándome llevar y recreándome en algo de lo que siempre he desconfiado:

la nostalgia. Bien sabe Ray de lo que estoy hablando, mientras otros viajaban a Saturno a través de cielos de mermelada acompañados de flautistas y satánicas majestades, él se quedaba en casa tomando su té y escribiendo sobre las vidas normales de personas normales y recordando aquel paseo en el campo con Daisy, hace tantos años ya. “Nostalgia” es una palabra prohibida en el lenguaje Rock, personalmente la he evitado en cada una de mis rimas ya que tiene connotaciones de balada romántica de concurso musical de televisión. El Rock es Ahora, el Pop es Mañana, ¿estos estilos nunca miran atrás? Ray Davies lo hace y al hacerlo se desmarca de todos los demás y con suma gracia y sutileza te invita a que lo acompañes no tanto a su mundo como al tuyo propio. Al revalorizar y licitar el significado de esta palabra Ray Davies hace que su nostalgia despierte la nuestra y después de mucho tiempo me sentí en paz, en armonía con un pasado muy lejos de ser perfecto pero en paz con sus claros y sus brumas. The Kinks enmiendan el sinsentido presente llevándote al pasado que, real o ficticio, es mucho mejor. Leer esta biografía me ha permitido apearme del tren bala de la vida moderna, disfrutar de las cosas sencillas, llegar a casa y tocar madera después de estar todo el día tocando pantallas negras y frías. Estas canciones proporcionan bienestar, poseen unas propiedades curativas que creo que tienen que ver también con la cualidad cinematográfica de su música.

Escuchar a Dylan te hace más sabio, escuchar a los Beatles te hace parecer increíblemente más alto, los Byrds te convierten en autoestopista, y Syd Barrett en astronauta. Los Kinks te dan la felicidad. ¿Cómo es posible si gran parte del repertorio de este grupo habla de las grietas de una casa que en su día fue esplendorosa? Yo creo que el secreto está en el cine de Ray Davies, su principal compositor-realizador. No es un cantante especialmente dotado técnicamente y no tiene una voz particularmente bella, pero es un actor de primera, en su voz hay puro cine. Cuando hablamos de Ray Davies se cita la ironía que hay en sus historias pero no la ironía que escupe su voz, es ahí cuando nos gana; cuando texto y voz son un todo teatral magníficamente realizado. Son ese actor que hay en sus cuerdas vocales y esa fotografía hecha de acordes menores en blanco y negro y estribillos en súper color los que consiguen la magia de querer cantar y bailar con La Vida aun sabiendo que pronto estarás debajo de las ruinas de esa casa de techo agrietado. El buen cine y el buen pop me hacen feliz, los Kinks hacen canciones pop de tres minutos que se deberían proyectar en la gran pantalla.

Javier de Diego Romero, gracias por llevarme al cine. ¡Apaguen las luces!  
¡Que empiece el espectáculo!

MARC ROS (Músico)

# Introducción



Cada día me siento más inclinado a admitir que hay en la música algo de extraño. Una afirmación de máxima energía. No diré abstracta, sino más bien sin objeto, energía pura, en la claridad del éter. ¿Hay algo semejante en el mundo?

THOMAS MANN  
(*Doktor Faustus*)

Noble arte, en cuantas horas tristes, / cuando la vida me cercaba salvajemente,  
/ has seducido mi corazón con tu cálido amor, / ¡me has arrebatado a un  
mundo mucho mejor! // A veces un suspiro, al salir de tu arpa / un dulce y  
sagrado acorde, / me ha transportado al cielo de los felices tiempos. / ¡Noble  
arte, te doy las gracias por ello!

FRANZ VON SCHOBER  
(*An die Musik*, poema musicado por Franz Schubert)

Como una piedra en un pozo, caí bajo su hechizo, / las canciones de Danny  
Galway. [...] // Con palabras pinta una vívida escena de / lugares en los que  
puede que no hayas estado. / Pero escucharlas te mueve a jurar: / conozco esa  
casa, he subido la escalera. / He compartido esos sentimientos incontenibles,  
/ he sufrido la pérdida, he conocido esa felicidad. // Emociones que todos  
conocemos se bruñen hasta que resplandecen / en las canciones de Danny  
Galway. [...] // ¿Sus melodías? Antojos inspirados. / ¿Sus progresiones de  
acordes? Como himnos baptistas. / Impulsarán tu espíritu hasta que se  
alce, / hasta que olvides que ese espíritu es tuyo. / Sonido y palabra en  
dulce comunión, / ecos de un mundo mejor [...] // Algo singular y puro /  
perdurará para siempre / en las canciones de Danny Galway.

PADDY McALOON  
(“The Songs Of Danny Galway”, tributo del líder de Prefab Sprout a Jimmy Webb)

Para servidor, todo comenzó con “Waterloo Sunset”. Antes había escuchado “You Really Got Me”, “Lola” y tal vez alguna otra; las apreciaba, pero ninguna me había impulsado a sumergirme en la discografía del grupo de los hermanos Davies. “Waterloo Sunset”, en cambio, me subyugó. Había en ella, como diría Thomas Mann, algo de extraño, una suerte de energía pura; había además una belleza trascendente, vaporosa y —como toda belleza genuina— vulnerable. No tardé en hacerme con el álbum que la incluía, *Something Else By The Kinks* (1967), y también con el anterior, *Face To Face* (1966), que me impresionaron por su ingenio melódico y su detallismo lírico. Después vino *The Kinks Are The Village Green Preservation Society*, ignorado cuando vio la luz, en 1968, pero hoy en día aplaudido por muchos como el elepé más redondo del grupo. En él encontré un refugio cálido en mis horas tristes, cuando la vida me cercaba y creía haberlo perdido todo. Como una piedra en un pozo, en fin, caí bajo el hechizo de las canciones de... Ray Davies.

Recuerdo que, al principio, me llamó mucho la atención que dos temas tan distintos como “You Really Got Me” y “Waterloo Sunset” hubieran salido de la misma pluma: el primero, protopunk vibrante y airado; el segundo, pop tenue y melancólico. Más aún, me dejó perplejo que Ray Davies fuera tan brillante en un género como en el otro. Algo parecido le ocurrió a Joe Jackson:

Todavía recuerdo cuando, con diez u once años, escuché “You Really Got Me” sonando a todo volumen en un transistor. Como a millones de chicos, me entusiasmó el *riff* de guitarra distorsionada. Algunos dicen que fue el nacimiento del heavy metal. Quizá, pero The Kinks también crearon “Waterloo Sunset” y “Days”, canciones tan perfectas e imperecederas que las podría cantar cualquiera, con cualquier clase de acompañamiento, y seguirían siendo hermosas. Que esa sea una proeza mayor o menor que inventar el heavy metal puede depender del gusto de cada uno, pero creo que es genial que ellos hicieran ambas cosas.<sup>1</sup>

Y es que Davies es un músico omnívoro como pocos y un ducho zurcidor estilístico. Music hall, folk, blues, country, funk, jazz... La música de The Kinks reúne e imbrica tradiciones sonoras tan diversas que tratar de categorizarla es siempre empresa vana. Por lo demás, el carácter polifacético y ambicioso de Davies se manifiesta, no solo en el dilatado abanico estilístico que cubre el cancionero de The Kinks, sino también en su interés y dedica-

---

1. Libreto de *The Essential Kinks*. Sony, 2014.

ción a otras artes: en concreto, ha despuntado en el teatro musical (dentro del rock, sobre todo con *Preservation*; uno más convencional, *80 Days*), en el cine (principalmente con la película de vanguardia *Return To Waterloo*) y en la literatura (en especial con sus memorias *X-Ray*). Le ha quedado una de sus vocaciones juveniles, la pintura, pero en realidad no le ha hecho falta: desde bien pronto se reveló capaz de pintar evocadoramente con notas, acordes y palabras.

Frecuentemente se señala a Ray Davies como el más británico de los compositores pop británicos. Condecorado con una CBE (Comandante de la Orden del Imperio Británico) en 2004 y nombrado Sir (Caballero de la Orden del Imperio Británico) en 2017, es, de alguna forma, el mayor emblema de la *britishness* en la música popular, como Benjamin Britten lo es en la clásica. (Ambos músicos, por cierto, comparten también el interés por temas como la presión de la multitud sobre el individuo y la corrupción de la inocencia.) Ciertamente, ninguna banda de las Islas combinó las tradiciones americanas del rhythm'n'blues y el rock'n'roll con la autóctona del music hall con la resolución y la destreza de The Kinks; ninguna filtró tan sugestivamente las influencias americanas a través de sus experiencias personales como jóvenes británicos de origen obrero. Y, sobre todo, las estampas de la sociedad británica de Davies, costumbristas y combativas, ajustadas con precisión a los contornos de la canción pop de tres minutos y pobladas por personajes sugestivos, matizados y no exentos de flaquezas, han inspirado a numerosos compositores posteriores (Paul Weller, Chris Difford o Damon Albarn, entre otros), pero ninguno ha llegado a igualar la excelencia del Kink. Sin embargo, Davies es un maestro en tornar los referentes británicos en universales; aun con todo su localismo, el universo de The Kinks nos interpela, nos conmueve, nos exalta. En suma, Davies es un soberbio observador y comentarista crítico de la sociedad de su país, pero también de la condición humana en general.

Definidos desde el principio como una formación pop, The Kinks buscaron el éxito y con frecuencia lo encontraron, pero sin sacrificar por ello la independencia y la integridad artística. Mick Avory, el baterista original de la banda, lo expresa de este modo en el documental de la BBC *I'm Not Like Everybody Else: The World Of Ray Davies And The Kinks*: “Ray siempre ha tenido una integridad [...] así que nunca ha alcanzado toda la altura comercial que podía. De alguna manera, no creo que lo quisiera”. Inquieto y arriesgado, Davies cambió de dirección artística tan a menudo que fue francamente difícil



mantener un público estable para su grupo. Por otro lado, individualista y heterodoxo, nunca se dejó arrastrar por las corrientes musicales de moda. No es que estas ni siquiera rozaran a unos Kinks herméticos, aislados en su torre de marfil, como a veces se sostiene exageradamente; así, por ejemplo, la psicodelia, el hard rock que la siguió, el glam-rock o el synthpop de los primeros ochenta influyeron al grupo, pero es cierto que no lo subsumieron, no desdibujaron su identidad.<sup>2</sup> Como tantos personajes de sus canciones, Davies es, en fin, un *outsider* consumado, un francotirador desde los márgenes, y gran parte de sus derrotas con The Kinks fueron autoinfligidas y más dignas que los triunfos de otros. Una de las consecuencias del perfil bajo —para tratarse de estrellas del pop— de The Kinks es que, incluso después de que el britpop de los noventa los reivindicara masivamente, aún es más habitual ver a The Who que a los de Davies completando el podio de bandas británicas de los sesenta, algo que el mismo Pete Townshend lamenta: “Durante años, para mí, las tres grandes bandas británicas siempre fueron The Beatles, The Stones y The Kinks. Me siento consternado cuando veo que The Who reemplazan a The Kinks en esa jerarquía. ¿Dónde los deja eso? ¿Quizá no pertenecen a ninguna jerarquía en absoluto?”.<sup>3</sup>

El presente libro no es tanto una biografía de The Kinks como un estudio de su obra. En este sentido, el interés recaerá principalmente en Ray Davies, verdadero pilar del grupo. Dave Davies es, como es sabido, un magnífico guitarrista, pasional, innovador y versátil, y, lo que no suele subrayarse, un más que solvente vocalista armónico; es, además, autor de un buen puñado de estupendas canciones y de un clásico absoluto, “Death Of A Clown”; aportó, por último, inmediatez y agresividad —“pelotas”, como dice él— a The Kinks. Pero la música de los de Muswell Hill brota ante todo de la inagotable imaginación de Ray, y es a él, por tanto, a quien queremos conocer mejor: su utillaje como compositor y sus intereses como letrista; sus problemas de identidad, quebrada a sus ojos entre la fidelidad a los valores familiares y obreros y su estatus de *rock star*; su fragilidad e inseguridad, pero también, paradójicamente, su resiliencia y tenacidad; su rechazo a toda clase de autoridad. Respecto a la “rivalidad fraterna”, sobre la que tanto se ha escrito, en absoluto quedará al margen, aunque ocupará menos páginas que en una biografía del grupo al uso.

---

2. La excepción a la regla fueron los años finales de los setenta, cuando The Kinks, recién fichados por Arista, pugnaban por conquistar el mercado norteamericano.

3. Libreto de *The Kinks: The Anthology, 1964-1971*. Sanctuary-Sony, 2014.

*The Kinks. Música, cultura y sociedad*: este libro relata la trayectoria de Ray Davies y los suyos enmarcada en su contexto musical, sociopolítico y cultural. En cuanto al musical, atenderá a los movimientos y artistas que dejaron su impronta en The Kinks; en el otro sentido, a los que el grupo londinense anticipó con su obra; e, igualmente, a las corrientes musicales hegemónicas con las que convivió. De este modo, nombres como George Formby, Chuck Berry, Lennon y McCartney, Jagger y Richards, Brian Wilson, David Bowie o el panteón negro de Motown escoltarán al grupo de Davies. En lo tocante al contexto sociopolítico y cultural, la lectura de los estudios de Ian MacDonald sobre The Beatles (*Revolution In The Head: The Beatles' Records And The Sixties*) y de Peter Doggett sobre Bowie (*The Man Who Sold The World: David Bowie And The 1970s*) me movió a incorporarlo como ingrediente central del libro.<sup>4</sup> Por un lado, examinar el contexto histórico permite profundizar en gran medida en la interpretación de los textos de The Kinks, en los que el comentario social y político ocupa un lugar muy destacado; a la inversa, el catálogo del grupo constituye una guía elocuente de la Gran Bretaña de su tiempo. Así, en estas páginas figurarán mandatarios como Harold Wilson, Edward Heath o Margaret Thatcher; actores sociales como la juventud *hip* de los sesenta, la clase obrera beligerante de los setenta o los codiciosos *yuppies* de los ochenta; fenómenos culturales como la inmigración de posguerra, la sátira de los sesenta o la androginia y la homosexualidad a comienzos de los setenta; y movimientos y géneros literarios como el romanticismo, los *angry young men* o la novela distópica. En definitiva, *The Kinks. Música, cultura y sociedad* es una historia de The Kinks, pero también un esbozo de la Gran Bretaña de la segunda mitad del siglo xx.

Los discos de The Kinks entre 1964 y 1971, es decir, los publicados por Pye más el primero de RCA, *Muswell Hillbillies*, forman parte, según suele reconocerse, del canon de la música popular de nuestro tiempo. Este libro sugiere alargar la fase imperial del grupo hasta 1974: no solo porque el elepé de 1972, *Everybody's In Show-Biz*, contiene dos de las mejores baladas de Davies, "Celluloid Heroes" y "Sitting In My Hotel", sino también y sobre todo porque en el musical *Preservation*, aparecido en dos álbumes en 1973 y 1974, el Kink pasma por su sentido de la ambición y la aventura. Cuando los compré en una señera tienda de discos madrileña, el dependiente me

4. No se sigue aquí, en cambio, el modelo de "canción por canción" de ambos libros.

preguntó: “Por completismo, ¿no?”. Eso creía yo, pero, tras escucharlos detenidamente, me parecieron tan imprescindibles como *Face To Face* (1966) o *Arthur* (1969). Sería fenomenal que, después de leer el quinto capítulo, quienes no los conozcan se acerquen a ellos y los disfruten y, por qué no, ganar para la causa a algunos de sus detractores.

Dos notas formales para concluir. Acerca de las fuentes, he combinado la bibliografía sobre The Kinks con la dedicada al contexto histórico y con abundante prensa de época, tanto la perteneciente a mi colección personal como la alojada en la extraordinaria página web de Dave Emlen, <[www.kindakinks.net](http://www.kindakinks.net)>. Por otra parte, las traducciones son del autor, aunque para algunas letras de canciones me he apoyado puntualmente en las que Paula Serraller publicó en la editorial Fundamentos.<sup>5</sup>

Trabajar en este libro ha sido enormemente satisfactorio. No en vano, me ha dado la oportunidad de profundizar en uno de los catálogos más eclécticos y consistentemente brillantes de la música popular. Espero que, como a mí, el libro lleve al lector a una mejor comprensión y a un aprecio más sólido del singular talento de Ray Davies y The Kinks.

---

5. *The Kinks: Canciones*. Madrid: Fundamentos, 2005.

El editor y los autores se disculpan por cualquier error u omisión.  
Si se detectan, serán rectificadas en cuanto tengamos oportunidad.

© del texto: Javier de Diego Romero, 2017  
© del prólogo: Marc Herrero Ros  
© de las imágenes: sus autores y archivos correspondientes, 2017  
© de esta edición:  
Milenio Publicaciones SL, 2017  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)  
Tel. 973 23 66 11 - Fax 973 24 07 95  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

© del diseño de la maqueta: Pilar Júlvez

Primera edición: noviembre de 2017  
ISBN: 978-84-9743-794-3  
DL 1332-2017

Impresión:  
Arts Gràfiques Bobalà, S L  
Sant Salvador, 8  
25005 Lleida  
www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.